

## 16. El Misterio de la Iniquidad

### Daniel Capítulo 11:23-31.

La fuerza del paganismo había sido probada. La verdad, la verdad eterna, había morado en la persona del Hombre de Nazaret. Con la muerte de Cristo, Satanás perdió la esperanza. Mirando hacia su crucifixión, Jesús dijo: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora será echado fuera el príncipe de este mundo». Satanás, después de su caída, se había reunido de vez en cuando con los representantes de otros mundos. Algunos en esa asamblea, sin comprender la naturaleza horrible del pecado, habían cuestionado la sabiduría de Dios al expulsar a Satanás de las cortes celestiales; pero cuando la vida de Cristo hubo terminado, y habían visto las burlas del enemigo y su acto final de asesinato, «el acusador de los hermanos» fue expulsado para siempre del concilio de los mundos. «Cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra», supo que le quedaba poco tiempo, y con energía renovada buscó derrocar la verdad de Dios y aplastar a quienes se adherían a ella. La porción restante del capítulo once de Daniel revela claramente el verdadero carácter de estas declaraciones.

Después de la ascensión de Cristo, sus discípulos difundieron el evangelio por toda Judea y Palestina, y muchos de los que escucharon la palabra hablada con poder el día de Pentecostés regresaron a sus propios países para proclamar la verdad tal como era en Cristo. En menos de treinta años, el mundo fue advertido. Pero los judíos eran exclusivos; incluso los discípulos aún no habían perdido la idea de que Cristo era el Salvador de la raza hebrea, no el sanador de toda la humanidad. Las persecuciones en Jerusalén dispersaron a los creyentes, y entonces ellos fueron por todas partes predicando la salvación de Dios. Silenciosa, pero constantemente, la corriente vivificante del cristianismo penetró hasta los rincones más remotos del vasto imperio romano. Todas las nacionalidades, por primera vez en la historia, se unieron en Él, porque con Él y sus seguidores no había «griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo ni libre, sino que Cristo es todo y en todos».

A medida que la verdad se extendía, era el crecimiento de un imperio, un reino espiritual dentro de los confines de la monarquía más fuerte de la tierra. Ocurría con la iglesia en su conjunto, como con cada individuo dentro de la iglesia, una vida espiritual, un hombre nuevo, rodeado por una forma humana. Habría sido bueno para el progreso de la verdad si toda la opresión de lo espiritual por lo temporal solo hubiera ocurrido cuando el estado se oponía a la iglesia. En cambio, el mayor, el único obstáculo eficaz para la difusión de la verdad ha sido causado en la experiencia individual cuando el hombre físico ha limitado el desarrollo de lo espiritual.

La iglesia primitiva era celosa; su primer amor era fuerte, y las mayores dificultades fueron enfrentadas y superadas. A veces significaba una familia entera, pero a menudo solo uno o dos miembros del círculo familiar, salían de la oscuridad del paganismo para defender la verdad de Dios contra todos los ataques del enemigo. Las madres cuidaban a sus hijos con el mayor esmero, porque cada costumbre y práctica del pueblo, desde el momento en que despertaban hasta la hora en que se entregaban al sueño, desde el nacimiento hasta la muerte, estaba asociada con la adoración de algún dios.

Una cosa peculiar de la nueva secta, tal como la veían los paganos, era la ausencia de imágenes y formas que los sentidos pudieran comprender. Cuando los cristianos se reunían para el culto, no había altar, ni dios, ni incienso. Cuando los cristianos oraban, no había sacerdocio, ni vanas repeticiones de palabras, ni ofrendas, sino una simple petición en el nombre de Cristo. Un poder invisible parecía haber tomado el control de los nuevos conversos, un poder que nunca flaqueó y que ningún devoto pagano podía contradecir. La vida que Dios había buscado durante tanto tiempo entre los judíos se encontró entre los primeros cristianos.

El enemigo de la verdad había buscado por todos los medios cegar los ojos de los judíos al amor de Dios; había actuado a través de cada gobierno para su destrucción, y cuando su nación estaba en su punto más bajo, cuando la vitalidad espiritual estaba casi agotada, Cristo vino en persona para revivir su esperanza

desfallecida. Entonces Satanás usó cada artimaña para engañar al Hijo del Hombre. Lo tentó en todos los puntos donde la naturaleza humana puede ser tentada; buscó atraparlo con pruebas insignificantes; buscó inducirlo a aceptar altos honores mundanos; pero fracasó en todo, y cuando pensó haber obtenido la victoria con su crucifixión, descubrió que solo la forma física podía ser atada de esa manera, y solo por un tiempo. Un espíritu eterno habitaba en arcilla mortal, y los lazos de la muerte fueron rotos por su resurrección. Ahora, de en medio de ese pueblo oprimido, de esa raza despreciada, desde el mismo pie de la cruz ignominiosa, Dios escogió un pueblo y los envió a conquistar el mundo. «Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; es tan alto que no lo puedo alcanzar». ¡Qué maravilla que el mundo despertara sobresaltado y que Satanás buscara nuevas artimañas para el derrocamiento de la verdad!

La presión externa, aunque intentada una y otra vez, había resultado inútil para erradicar la verdad. En el horno de fuego se vio la forma de un Cuarto; del foso de los leones salió un primer ministro; del nuevo sepulcro de José se levantó un conquistador. Babilonia, Persia, Grecia y Roma habían intentado el derrocamiento de la verdad, pero en lugar de la derrota, había habido una grandeza en constante aumento. Satanás ideó un nuevo plan. Si el paganismo pudiera ser puesto en el corazón, mientras los principios cristianos eran reconocidos externamente, el derrocamiento sería seguro; porque la destrucción obra de adentro hacia afuera. Fue una repetición del plan de Balaam.

Pablo, el gran maestro de justicia, mientras visitaba de un lugar a otro entre los santos, escribió así a los Tesalonicenses: «El misterio de la iniquidad ya está obrando». «Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción; el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o que se adora; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios». Esta es la descripción de Pablo del misterio de la iniquidad, la cuarta bestia de la visión del capítulo séptimo de Daniel.

Fue entonces cuando en esa iglesia, notoria por su pureza, se infiltró la vida del paganismo. Resguardada en los pliegues de la vestidura cristiana yacía la serpiente, el antiguo dragón. Así como el nacimiento de Cristo, la encarnación de Dios, fue un misterio, y es hoy un misterio que nadie puede sondear, se encontró con otro misterio, un misterio de iniquidad cuyas maquinaciones son demasiado fuertes para que la mente humana las entienda. Engañará, si es posible, incluso a los escogidos. Solo aquel cuyo ojo es iluminado por la verdad, cuyo corazón es la morada del Hijo de Dios; en otras palabras, solo aquel que tiene dentro de sí el misterio de la piedad, resistirá el misterio de la iniquidad.

En los días de Pablo, es decir, en el primer siglo después de Cristo, ese poder estaba en acción. Hasta entonces, la historia tal como se registra en el libro de Daniel trataba con reinos terrenales, pero a partir de este momento la historia aborda este «misterio de la iniquidad» que, si bien operó a través de los diversos reinos del norte y del sur, permanece como en el pasado, pero pasamos de los gobiernos como gobiernos a un poder que está influyendo en estos gobiernos. Por un lado, en esta controversia está la iglesia de Dios; por el otro lado está el misterio de la iniquidad, que a menudo se apodera de los gobiernos terrenales con el propósito de destruir la iglesia.

La expresión «iglesia de Dios» no se refiere a nombres o líneas denominacionales. Desde los días de Cristo hasta el presente, ha habido una verdadera iglesia. Sus miembros a menudo han sido esparcidos hasta donde el ojo humano podía discernir, pero en los libros de registro del cielo han sido reconocidos como una sola compañía.

La característica que distingue a la verdadera iglesia es la adhesión a los mandamientos del Dios del cielo. Dondequiera que un pueblo ha sido fiel a estos, Dios los ha honrado con su presencia. Además, a cada denominación que ha surgido, se le han ofrecido las mismas oportunidades que se ofrecieron a las cuatro naciones sucesivas a medida que surgieron; es decir, el privilegio de caminar en toda la luz, y por ese mismo acto convertirse en una compañía eterna. Así como la verdad fue rechazada por las naciones y cayeron, así la verdad ha sido

rechazada por una denominación tras otra, y han caído, ocupando otro pueblo el lugar vacante. Esta sucesión se mantendrá hasta que se forme un pueblo remanente que guarde los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Ellos entrarán en la ciudad eterna para reinar con Cristo. Es esta lucha la que le fue revelada a Daniel en la última parte de su última visión. La historia de Roma se convierte en la historia de la controversia religiosa, y la lucha entre la verdad y el error es mayor que nunca.

La historia de la iglesia, tal como le fue dada a Juan, contiene más detalles que las palabras de Gabriel a Daniel. A sus seguidores del primer siglo, Dios dice: «Has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras». De la iglesia en los siglos segundo y tercero, Él dice: «Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico)... No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados; y tendréis tribulación». El cristianismo y el paganismo estuvieron en conflicto abierto durante tres siglos después del nacimiento de Cristo, y a veces la serpiente alzó su cabeza para derribar la verdad al suelo. Algunos de los seguidores de Cristo fueron perseguidos, y otros se volvieron fríos e indiferentes. Pero había un poder en el evangelio al que los paganos no podían resistir. A medida que sus seguidores aumentaban, su influencia se hizo sentir incluso en los círculos políticos.

El final del tercer siglo de la era cristiana encontró al gobierno de Roma muy debilitado. Los males del imperio, su opresión y crueldad, hicieron casi imposible que el emperador controlara los asuntos. La autoridad estaba en manos del ejército, que ponía y quitaba gobernantes a voluntad. Hordas bárbaras presionaban al imperio por todos lados, y la caída de Roma era inminente. Era necesario un cambio radical para evitar una disrupción completa, y Diocleciano, el emperador reinante, concibió la idea de dividir el territorio. En consecuencia, se asoció con un hombre llamado Maximiano, dándole el título de Augusto. Cada uno de los dos emperadores eligió un asistente, llamado César, cuyo deber era custodiar las fronteras. Según el plan de Diocleciano, los Césares se convertirían

en emperadores a la muerte de los Augustos, y luego se nombrarían otros Césares. Durante un tiempo, los cuatro que estaban a la cabeza del imperio romano trabajaron juntos en armonía, pero a través de una variedad de complicaciones estalló la guerra.

Constantino era un César en la división occidental del imperio, y marchando hacia el Este, sometió, uno por uno, a todos los rivales en el gobierno. Fue alrededor del año 312 d.C. cuando, enfrentado a enemigos implacables cuya fuerza reconocía, esta luz ascendente adoptó una política nunca antes seguida.

Había muchos cristianos dispersos por todo el imperio que se negaban a luchar bajo el estandarte del paganismo. Con estos Constantino hizo una alianza. La historia de su conversión se cuenta de diversas maneras, y quizás los detalles no sean importantes. El hecho es que reconoció al Dios de los cristianos, se proclamó seguidor de Cristo, e inmediatamente cristianos de todo el imperio acudieron en masa a su ejército, devotos seguidores del general que ahora luchaba en nombre del cristianismo.

Hablando del uso de la cruz, Gibbon dice: «Este mismo símbolo santificó las armas de los soldados de Constantino; la cruz brillaba en sus cascos, estaba grabada en sus escudos, estaba entretejida en sus estandartes; y los emblemas consagrados que adornaban la persona del propio emperador se distinguían solo por los materiales más ricos y una mano de obra más exquisita». El estandarte que era llevado delante de este ejército (cristiano) «sostenía una corona de oro, que encerraba el misterioso monograma, a la vez expresivo de la figura de la cruz y de la letra inicial del nombre de Cristo».

Los humildes seguidores de Cristo, que inmediatamente después de su ascensión habían salido «conquistando y para conquistar», llevando consigo sus palabras, la espada del Espíritu, habían sido reemplazados por un ejército con casco y espada, liderado por un comandante que unía los emblemas de la cruz y su propio nombre.

El revestimiento del paganismo con vestiduras cristianas nunca fue más completo que en los días de Constantino. El misterio de la iniquidad estaba en plena acción. Constantino conquistó el mundo romano; se sentó como único monarca del imperio que se había tambaleado en manos de su predecesor. La guardia pretoriana, que había sido el terror y la protección de otros emperadores, fue suprimida para siempre por Constantino. La dignidad del senado y del pueblo de Roma recibió un golpe fatal, y a partir de entonces quedaron sujetos por igual a los insultos o al abandono de su amo, quien residía en la nueva capital, Constantinopla.

Como traductor experto y editor académico, procedo con la traducción del texto, aplicando el formato solicitado:

El carácter de Constantino, ese primer emperador cristiano, es hábilmente descrito por Gibbon. Al discutir la razón por la cual retrasó el bautismo hasta que estuvo en su lecho de muerte, Gibbon afirma: «La sublime teoría del evangelio había causado una impresión mucho más débil en el corazón que en el entendimiento del propio Constantino. Persiguió el gran objetivo de su ambición a través de los oscuros y sangrientos caminos de la guerra y la política; y después de la victoria, se abandonó sin moderación al abuso de su fortuna. En lugar de afirmar su justa superioridad por encima del heroísmo imperfecto y la filosofía profana de Trajano y los Antoninos, la edad madura de Constantino perdió la reputación que había adquirido en su juventud. A medida que avanzaba gradualmente en el conocimiento de la verdad, declinaba proporcionalmente en la práctica de la virtud; y el mismo año de su reinado en el que convocó el Concilio de Nicea, fue manchado por la ejecución, o más bien asesinato, de su hijo mayor... La gratitud de la iglesia ha exaltado las virtudes y excusado los defectos de un generoso patrón, quien sentó el cristianismo en el trono del mundo romano; y los griegos, que celebran la fiesta del santo imperial, rara vez mencionan el nombre de Constantino sin añadir el título de Igual a los Apóstoles». Solo estas palabras ofrecen un triste comentario sobre el declive de la virtud cristiana desde los días de Cristo. Quien reclamaba el poder del

cristianismo era menos virtuoso que el heroico pagano Trajano, y que filósofos paganos como los Antoninos.

Las primeras leyes religiosas jamás aprobadas por cristianos fueron edictos de Constantino. En 312, el Edicto de Milán concedió la tolerancia universal; en 321, se publicó la primera ley para el culto dominical; en 325, se convocó en Nicea el primer concilio ecuménico, que formuló un credo para el mundo. Entonces comenzó el conflicto que destrozó la iglesia y la expuso a la vergüenza pública. Alrededor del reinado de Constantino se agrupan eventos del mayor interés, no solo para Roma, sino para la iglesia de Dios y para el mundo. Fue la primera y quizás la mayor lección práctica que ilustra los efectos de la elevación del cristianismo nominal al trono del mundo. A raíz de este reinado siguieron los años de oscuridad para toda Europa, cuando el anticristo reinó de forma suprema. Constantino, en efecto, realizó lo que ni su padre ni los padres de su padre habían realizado. Dejó a sus herederos «una nueva capital, una nueva política y una nueva religión». Nadie se había atrevido antes a pensar que la capital podía ser trasladada de Roma. Constantino seleccionó el sitio de Constantinopla con una sabiduría más que humana. Por naturaleza, está formada para ser el centro y la capital de una gran monarquía. Ha sido el punto de contención entre las naciones de Europa desde que el continente ha tenido naciones para contender, y según la profecía de Daniel, será la manzana de la discordia hasta el fin de los tiempos. Es un hecho digno de mención que la ciudad fue fundada en el año 330 d.C., exactamente trescientos sesenta años, «un tiempo», después de la victoria de Octavio sobre Antonio en Accio, que lo colocó como único gobernante en el trono romano.

## EL PRIMER DECRETO DOMINICAL

«Que todos los jueces y habitantes de la ciudad, y los talleres de todos los oficios descansen en el venerable día del sol: pero que aquellos que están situados en el campo, asistan libre y plenamente a las tareas de la agricultura: porque a menudo sucede que ningún otro día es tan adecuado para sembrar maíz y plantar vides: no sea que, al dejar pasar el momento crítico, los hombres pierdan las provisiones concedidas por el cielo».

La nueva política fue el resultado de una unión de iglesia y estado. Los reinos del pasado habían seguido una política algo similar entre sí. El gobierno era para ellos el objeto central. Esto se vio con mayor claridad en la Roma pagana, pero con Constantino la política cambió. El paganismo como tal fue abatido, y el *misterio de iniquidad* fue entronizado. El mundo recibió el cristianismo, no como vino de la vida de Aquel cuyo nombre llevaba, sino corrompido y contaminado por mentes humanas y satánicas. Gibbon dice que, de ahora en adelante, el historiador describirá las «instituciones políticas» antes de relatar las guerras, y que «adoptará la división, desconocida para los antiguos, de asuntos civiles y eclesiásticos». Es decir, la historia futura debe tratar con la iglesia y el estado, y no con reinos como Babilonia, Medo-Persia y Grecia.

La historia ha cambiado. El diablo anda *buscando a quien devorar*, y los planes tranquilos y decididos para conquistar el mundo que caracterizaron a las naciones antes de los días de Cristo, han sido reemplazados por una desesperación que significa la destrucción total, si es posible, de todos los que sirven al Dios del cielo. Cualquier medio es lícito en manos del príncipe de este mundo, y cuanto mayor sea el número de los que caen, más ligera será la carga que él, el archienemigo, deberá soportar en los días del juicio final. Los actos de Constantino iniciaron una serie de movimientos que se desarrollaron rápidamente hasta convertirse en el anticristo de la Edad Oscura.

El concilio celebrado en Nicea fue una reunión importante tanto para la iglesia como para la nación, pues desde que ambos se dieron la mano, lo que afecta a uno afecta al otro.

El mundo cristiano estaba desgarrado por facciones teológicas. Alejandría, centro de todo estudio filosófico, era también el centro de actividad teológica. Aquí es donde la influencia griega se sintió con mayor fuerza. Atanasio, líder de una facción, era archidiácono, y luego obispo de Alejandría, y su oponente, Arrio, era presbítero en la misma ciudad.

Paganismo y cristianismo se encontraron en el campo de batalla cuando Constantino contendió por el trono de Roma; paganismo y cristianismo se encontraron en un conflicto más mortífero en Alejandría, donde escuelas cristianas y paganas se alzaban una al lado de la otra. Fue aquí donde hombres como Orígenes y Clemente, reconocidos Padres de la iglesia, adoptaron la filosofía de los griegos y aplicaron al estudio de la Biblia los mismos métodos que eran comunes en el estudio de Homero y otros escritores griegos. La alta crítica tuvo su nacimiento en Alejandría. Fue el resultado de la mezcla de las verdades enseñadas por Cristo y la falsa filosofía de los griegos. Fue un intento de interpretar escritos divinos por el intelecto humano, un resurgimiento de la filosofía de Platón. Estos maestros, al introducir la filosofía griega en las escuelas que eran nominalmente cristianas, abrieron el camino a las controversias teológicas que sacudieron el mundo romano y finalmente establecieron el *misterio de iniquidad*.

Así, de esta falsa enseñanza de la Palabra en Alejandría surgieron dos líderes: Atanasio y Arrio. Cada uno tenía sus seguidores, y sin embargo, nadie podía definir claramente el punto en disputa sobre el cual se peleaban. Tan grande fue la controversia que el Concilio de Nicea fue convocado para resolver la disputa y entregar a la iglesia un credo ortodoxo. El emperador Constantino convocó el concilio y estuvo presente en persona. En este concilio, el credo de Atanasio fue reconocido como ortodoxo, y Arrio y sus seguidores fueron declarados herejes.

Pero anunciar un credo es una cosa, y conseguir que se adopte es otra. El credo ortodoxo fue publicado al mundo, y entonces comenzó la lucha. En esta contienda, los ejércitos lucharon y se derramó mucha sangre. Pero a pesar de que el arrianismo era herejía, la doctrina se extendió. Fue popular entre las tribus bárbaras que invadieron la división occidental del Imperio Romano. Los vándalos, que se asentaron en África, estaban entre los seguidores de Arrio, y también lo estaban los hérulos y los ostrogodos que se asentaron en Italia. Pero mientras el arrianismo se extendió por África, Cerdeña y España, y estuvo presente en ocasiones en Italia, la religión reconocida del emperador romano y del propio imperio, el reino del norte, que ahora tenía su sede en Constantinopla, era la fe católica, proclamada en Nicea. Así como Constantino fue el representante de esta división del norte en su día, así más tarde, entre 527 y 565, Justiniano se convirtió en campeón de la causa católica.

Según la visión del capítulo séptimo de Daniel, el reino romano se dividiría en diez partes, representadas por los diez cuernos de la cuarta bestia, y tres de estos reinos serían arrancados por otro poder. Es esta parte de la historia del cuarto reino la que se relata en el capítulo once de Daniel, comenzando con el versículo veinticinco.

El reinado de Justiniano fue el período más brillante de la historia bizantina después de la muerte de Constantino, y los historiadores concuerdan en que entre sus mayores logros militares deben clasificarse sus hazañas contra el sur. El éxito de Justiniano se debió a los servicios, durante la mayor parte de su reinado, del célebre Belisario.

Él fue la herramienta en manos del emperador para aplastar la herejía.

Los vándalos eran arrianos, pero Hilderico, nieto de su principal guerrero, el notable Genserico, favorecía la fe católica. La desafección de sus súbditos hizo posible que Hilderico fuera destronado por Gelimer, quien tenía algún derecho al trono vándalo. Bajo pretexto de proteger al destronado Hilderico, el emperador Justiniano se preparó para una guerra en África. Mientras aún indeciso sobre la

conveniencia de realizar el ataque debido a la debilidad del ejército romano y el costo de la empresa, su propósito fue confirmado por las palabras de un obispo católico. Dijo en tonos proféticos: «Es la voluntad del Cielo, oh emperador, que no abandones tu santa empresa para la liberación de la iglesia africana. El Dios de las batallas marchará ante tu estandarte y dispersará a tus enemigos, que son los enemigos de Su Hijo». Esto fue suficiente, y la «santa» guerra para la exterminación del arrianismo fue emprendida.

Una fuerza de romanos, la mayor que Belisario pudo comandar del debilitado imperio, ayudada por reclutas del este, desembarcó en África. El ejército vándalo contaba con 160.000 hombres de combate. Belisario fue apresurado en su marcha hacia Cartago por enemigos de Gelimer y amigos del credo católico. Los ejércitos se encontraron cerca de la ciudad, y la victoria llegó a los romanos por la locura y la imprudencia del hermano del rey vándalo. Gelimer huyó, y Cartago abrió sus puertas y admitió a Belisario y su ejército. «Los arrianos, conscientes de que su reinado había expirado, cedieron el templo a los católicos, quienes rescataron a su santo de manos profanas, realizaron los ritos sagrados y proclamaron en voz alta el credo de Atanasio y Justiniano». La fe católica triunfó. El arrianismo cayó, y Cerdeña y Córcega se rindieron, y las demás islas del Mediterráneo cedieron a las armas y al credo de Justiniano.

En el otoño de 534, Justiniano concedió un triunfo a Belisario. Gibbon describe así la escena: «Desde el palacio de Belisario la procesión fue conducida por las calles hasta el hipódromo... Se exhibió la riqueza de las naciones, los trofeos del lujo marcial o afeminado; ricas armaduras: tronos de oro y los carros de estado que había usado la reina vándala; el mobiliario macizo del banquete real, el esplendor de las piedras preciosas, las elegantes formas de estatuas y jarrones, los tesoros más sustanciales de oro y los vasos sagrados del templo judío, que, después de su larga peregrinación, fueron depositados respetuosamente en la iglesia cristiana de Jerusalén. Un largo séquito de los más nobles vándalos expuso a regañadientes su elevada estatura y semblante varonil».

«Los arrianos deploraron la ruina de su iglesia que había sido triunfante durante más de un siglo en África; y fueron justamente provocados por las leyes del conquistador, que interdictaban el bautismo de sus hijos y el ejercicio de todo culto religioso». No es de extrañar que aquellos que permanecieron conspiraran contra el gobierno y el general que representaba a Justiniano. La pérdida de vidas fue terrible en esas guerras por la supremacía de un credo sobre otro, y el camino hacia la corona papal estuvo teñido de sangre. Se afirma que cinco millones de africanos fueron consumidos por las guerras y el gobierno del emperador Justiniano.

En aras de la brevedad, las guerras entre el imperio católico y los vándalos pueden tomarse como una ilustración de la exterminación de los otros dos reinos: los hérulos y los ostrogodos. Justiniano era el emperador reinante, y la mayor parte del trabajo fue realizado por Belisario, entre los años 533 y 538.

El último enfrentamiento con el paganismo fue en 508, cuando los francos y britanos aceptaron el cristianismo; *el «continuo»* mencionado en Daniel había sido quitado. Para el 538, el camino estaba despejado para que el papado se sentara entronizado en Roma. La nueva capital establecida por Constantino dejó a Roma libre para ser ocupada por el jefe de la iglesia. La nueva religión —el cristianismo— la hemos visto mezclada con el paganismo, al que aplastó, y dio a luz al papado. La nueva política, una unión de iglesia y estado, brindó ayuda civil a ese cristianismo paganizado llamado papado. La cosecha de la semilla sembrada en los días de Constantino se recogió en el reinado de Justiniano, cuyo poder militar y civil apoyó *la «abominación desoladora»*.

Una característica sorprendente de esta historia es el hecho de que el propio código de leyes que Roma ha legado como herencia a tiempos posteriores, es obra de este mismo Justiniano. ¿Es de extrañar que las leyes de este emperador, que reinó en el momento en que se formó el papado y que fue quien lo apoyó con las armas, contengan algunos principios del papado? Fisher dice: «Los principios humanos están incorporados en el derecho civil, pero también el sistema despótico del imperialismo». Las leyes de Justiniano constituyen la base de las

leyes nacionales de hoy; asimismo, la religión de Justiniano es la religión reconocida en la mayoría de los países de hoy.

Constantino y Justiniano fueron los dos hombres instrumentales por encima de todos los demás en la formación del papado y en la concesión de poder civil. La contienda entre el arrianismo y el catolicismo ortodoxo fue el medio para entronizar el papado. Un poder, que pronto sería reconocido como la personificación de toda tiranía, blandió el cetro de Roma, y los seguidores de Aquel que proclamó un *pacto de paz a Israel*, lucharían por su existencia durante un período de 1260 años.

Todo principio de verdad fue aplastado, y con el año 538 se iniciaron las *Edades Oscuras*.